



BIBLIOTECA

CAPÍTULO XIV

Los pueblos de la Sierra.—El pastoreo y la emigración á la aceituna

El valle de Valdeavellano

La emigración periódica á las provincias del mediodía

Los Pinares y sus carreterías



QUEDA dicho en otro lugar (1) que la provincia de Soria se halla limitada hacia el N. por la cordillera Ibérica, conocida en esta parte con el nombre de montes Idubeos, y más tarde con el de sierras Distercias. Las estribaciones que de esta cordillera parten en diferentes direcciones hasta las sierras centrales del Madero, Santa Ana y Pico Frontes, cortadas á cada paso, determinan un sin número de valles y cañadas, que hacen de esta mitad septentrional de la provincia la parte más montuosa, á diferencia de la mitad meridional, que, aunque elevada, es en general llana. Esta mitad septentrional se divide en dos regiones: la oriental, de los pueblos de la Sierra, y la Occidental, de los Pinares.

Los pueblos de la Sierra viven hoy, como la generalidad de

(1) Capítulo II.—De la naturaleza de la provincia.

los de la provincia, del recuerdo de lo pasado, revelando en sus desmantelados edificios, muchos de ellos en ruinas, la riqueza de que disfrutaron en los siglos pasados, y la extrema decadencia á que han llegado en el presente. Sucedió en el siglo xvii que los pobres, los ricos y los nobles de toda la provincia, pero particularmente los de la Sierra de Soria, venían dedicándose á la cría del ganado lanar; los primeros en la especie estante, que nacía y vivía sin salir del país, los segundos en la trasterminante ó riberiega, que pasado el otoño se trasladaba á los campos de Navarra y Aragón, donde el invierno es una verdadera primavera, y los últimos en la merina trashumante, que, desde el principio del otoño hasta la conclusión de la primavera, se transportaban en numerosos rebaños á los extremos, como entonces se decía (Extremadura y Andalucía), por caminos abiertos, cañadas y cordeles anchos, hasta noventa varas, que se dejaban baldíos por las leyes protectoras de la Mesta. Los pastos comunales propios de los pueblos, eran los mejores y los más abundantes, pues en la repoblación á la expulsión de los árabes, se les había dado á elegir del terreno conquistado lo que necesitaran para su sustentación, y ellos habían escogido la mejor parte para sus pequeños, pero numerosos atajos de ganado estante: sobrábales gran parte de los pastos de sus dehesas boyales, y sus campos, los que arrendaban como arbitrios vecinales á los ganaderos riberiegos y trashumantes que de fuera se los solicitaban, por no tener ya éstos bastante con los pastos de sus propias heredades ni con los de los terrenos baldíos ó abandonados. Mas la ganadería trashumante creció tanto en manos de los nobles con los privilegios y exenciones de impuestos que alcanzaron, validos de su influencia política en las cortes de los reyes, que ya no eran bastante para el mantenimiento del ganado ni los baldíos ni los terrenos comunales. Entablóse la lucha entre los ganaderos mismos, pujándose unos á otros en los remates de los pastos comunales. Con el fin de cortar estas disputas, para todos ruinosas, se prohibieron por las leyes las pujas, estableciendo

el derecho de posesión (1), y se acordó que en cada pueblo fueran preferidos los ganaderos del país á los forasteros. Entonces, cada cual procuró avecindarse en el pueblo para disfrutar de los derechos de vecino, sometiéndose al rigor de la ley, que exigía para ser considerado como tal, el tener una casa solariega, y habitar en persona, cuando menos, cierta parte del año.

De aquí esas casas espaciales, con sus grandes establos y corrales, que hoy se ven hasta en la aldea más pequeña; de aquí tantos palacios, algunos aún en pie, muchos en ruinas, con sus huertas, ó mejor dicho, jardines de recreo, construcciones todas de los siglos xvii y xviii excepto algunas casas fuertes y solariegas, que por pertenecer á los antiguos señores se remontan á los siglos xiv ó xv. Esto mismo se nota en las iglesias y santuarios: muchos de ellos son de nueva planta, construídos al gusto de la restauración ó del renacimiento, por los nobles avecindados en la aldea; y en los que no se ve que á la sencilla nave románica se ha agregado alguna capilla colateral al estilo griego romano, con el escudo del hidalgo ó noble linaje que la hizo construir por especial devoción. Así, en los pasados siglos, la industria de la Sierra era la ganadería, y el oficio de los pobres, más que la agricultura, el pastoreo, poniéndose al servicio de los ricos ganaderos, que, en sus numerosas cabañas trashumantes ó en los grandes atajos trasterminantes, podían dar ocupación á todos.

Pero la guerra de la Independencia y la revolución que se siguió después, dió al traste en un momento con toda esta riqueza, y de repente cambió de una manera radical el porvenir de la provincia y los medios de subsistencia. Hacía tiempo que los extranjeros envidiaban nuestra raza merina, que ellos no tenían, por la finura de sus lanas que se veían obligados á com-

(1) Por este derecho el ganadero que remataba en pública subasta un terreno de pastos comunales, seguía disfrutando de él indefinidamente pasado el primer año, sin que pudiera desposeérsele de él mientras pagara la cantidad estipulada en el remate.

prar en nuestras lonjas, y trataban de transportar á sus países tan preciosa raza; los vigilantes ganaderos se apresuraron á impedirlo, estableciendo en el Concejo de la Mesta una ley, obligatoria para todos, por la cual nadie pudiera criar más sementales que los necesarios para sus rebaños, y cuantos se destinaran á la venta debían ser previamente castrados.

En la anarquía y el desorden consiguientes á tan terrible guerra, los ganaderos, emigrados muchos de ellos, no pudieron impedir que los astutos extranjeros, que estaban al acecho esperando la oportuna ocasión, vinieran presurosos, y, sobornando á los mayores de las grandes cabañas, se llevaran, siquiera fuera haciendo ricos á estos desleales servidores, los sementales á miles, con lo que al poco tiempo, cuidando con esmero tan preciosos animales, mejoraron la raza y comenzó la competencia. Nuevas leyes, protectoras al parecer de la agricultura, vinieron á mermar considerablemente los privilegios y derechos de la Mesta, estrechándose los cordeles y autorizando á todo labrador para cerrar sus heredades, así como á los pueblos para acotar sus términos, y la ganadería trashumante caminó precipitadamente á su ruina. En tan desesperada situación, los ganaderos riberiegos vendieron uno á uno todos sus atajos, y abandonando sus hogares, fueron á otras poblaciones con los pequeños restos de su capital en busca de otras industrias; los nobles, que ya de hecho vivían en la corte hacía tiempo ó en las grandes poblaciones, enviando á los lugares para morar, como proponía la ley, ciertos meses del año, á sus mayores en su nombre, no volvieron ya más, y los pueblos de la sierra quedaron medio despoblados con los pastores que, cesantes de sus antiguos empleos, hubieron de tomar otro rumbo. En la lucha por la subsistencia, se dedicaron al cultivo de las pocas tierras arables; pero como el país en la mayor parte del año abandona á sus habitantes, cesando con el frío toda vegetación, hubieron de apelar á la emigración temporal, bajando á las provincias de Andalucía á los molinos de la aceituna, para cuyos trabajos

eran muy estimados. Desde entonces, al acercarse la estación del invierno, se reúnen los infelices serranos en pequeñas caravanas, dirigidas por uno de ellos que se llama maestro, y á grandes jornadas llegan á los molinos de aceituna, donde los esperan sus amos, y emprenden la elaboración del aceite por un jornal insignificante, ocupándose en esta faena hasta la entrada de la primavera, en que vuelven á sus hogares con sus pequeños ahorros, lo bastante no más para los gastos que ocasiona la recolección de la cosecha, que dejaron sembrada en el otoño. De este modo, arrastrando una vida miserable, suben y bajan todos los años á la Andalucía, para proporcionarse la mitad de la subsistencia que su tierra ingrata les niega.

Veamos ahora las bellezas y recuerdos históricos que algunos de ellos encierran.

Las villas de Magaña y Castilfrío fueron en el siglo pasado los principales pueblos de la Sierra en la vertiente meridional, y aún conservan su importancia relativa; pero ni sus deshabitados edificios, ni sus iglesias, pueden considerarse como joyas del arte ni como verdaderos monumentos. La villa de Magaña conserva únicamente las ruinas de un castillo, recuerdo del señorío de los marqueses del Vadillo, bajo cuya protección se puso voluntariamente, eximiéndose, sin saber cómo ni cuándo, de la jurisdicción de Soria, de la cual era aldea. No así el pequeño pueblo de Oncala, situado junto al puerto de su nombre, en la falda del elevado pico del Cayo, en el cual subsisten aún algunos ganaderos trashumantes, llamados pobres en los buenos tiempos de la Mesta, porque entre dos ó tres llevaban, como hoy llevan, un rebaño á los extremos, asociándose con sus pequeños capitales. Un hijo ilustre de una de sus familias, el Excmo. Sr. D. Juan Francisco Jiménez del Río, arzobispo de Valencia, construyó para sí una casa palacio que amuebló con gran lujo, puso en comunicación con un sólido puente los dos barrios que estaban separados por un profundo torrente, hizo una vía sacra en espiral porque así lo exigía la rápida pendiente del terreno, guarne-

ciéndola en la margen del declive con una sólida barbacana sobre cuya albardilla de piedra sillar se colocaron las cruces del Calvario, todas de hierro primorosamente labradas; y á los extremos de esta vía, que llegaba del uno al otro barrio, reedificó la iglesia parroquial y la ermita. No satisfecho con esto el reverendo prelado, enriqueció la iglesia con preciosos vasos sagrados y ricos ornamentos de seda, procedentes de las fábricas de Valencia, y cubrió los muros interiores de la ermita y la iglesia con riquísimos tapices flamencos. Los tapices de la ermita ya no existen; se vendieron á un anticuario para atender con su producto á la reparación de la misma; pero los de la iglesia se conservan, bien que, tratándose de venderlos igualmente, porque el pueblo ha llegado á un estado de pobreza que no hay medios de sostener el culto ni atender tampoco á sus reparos. Lo extraño de estos tapices es que, mientras todos representan asuntos alegóricos cristianos, como el triunfo de la Fe ó de la Iglesia y el de la Santa Cruz ó pasajes bíblicos, como el de Tobías y la adoración de los Reyes Magos, uno de ellos tiene figurada una hecatombe, con la inscripción en latín que lo declara para que no haya lugar á duda. En el palacio del Arzobispo, desmantelado, ya no conservan sus herederos más que el retrato al óleo del mismo y algunas sillas de Moscovia que, por deterioradas, no han querido los anticuarios ambulantes, acaparadores de todo lo que puede transportarse.

En la vertiente septentrional de la cordillera Ibérica, ó de la sierra de Oncala, que también pertenece á nuestra provincia, están, cerca del puerto, las renombradas villas de San Pedro Manrique y Yanguas. La primera fué sin disputa, en el siglo pasado, hasta la guerra de la Independencia, la más rica entre todos los pueblos de la Sierra; entre sus familias las había tan opulentas, que tenían hasta veinte rebaños, de los cuales solían hacer alarde reuniéndolos todos en un día señalado, dándose el espectáculo curioso de pasarlos por delante de la casa solariega de sus dueños, ordenados á manera de numerosas tropas, ha-

ciendo el simulacro de una gran parada y desfile de otros tantos regimientos. A la cabeza de cada rebaño marchaba el rabadán seguido de los mansos ó sementales, escogidos de la mayor alzada y corpulencia, tan bien domesticados que á porfía le acariciaban y cogían, como lo pudiera hacer un leal perro, los mendrugos de pan negro que éste sacaba de su zurrón de cuando en cuando y se los mostraba en la mano; á los mansos seguían en tropel las mil ó mil quinientas ovejas que componían cada rebaño; detrás iban los cuatro ó cinco asnos con los hatos de los pastores, vestuarios y utensilios de campaña, entre los que sobresalían las colodras ó grandes cuernos de búfalo que servían de vasijas, y el caldero que, colocado boca abajo sobre la carga del jumento, completaba todos los utensilios de campaña: últimamente iban los pastores y zagales, de corta edad éstos, acariciando á los mastines de talla extraordinaria, lentos y perezosos, pero siempre inseparables centinelas y guardianes celosos del atajo. Cada rabadán aspiraba aquel día á demostrar ante sus amos, que el rebaño confiado á su custodia era el más numeroso y lucido de la cabaña.

Aún se conservan hoy en pie, bien que desmanteladas, algunas de estas casas, con las armas de aquellos ganaderos; pero el desfile de rebaños no se ve, porque todos han desaparecido. Aun sin eso, la villa de San Pedro es importante por su antigüedad y por sus monumentos religiosos. Villa en todo tiempo independiente, con jurisdicción sobre veinticinco lugares, gobernada por un corregidor hasta los tiempos modernos, apenas sufrió el yugo de los árabes más que en el reinado de Mauregato, porque en ella se mantiene una fiesta popular, en que se representa el rescate ó liberación del supuesto tributo de las cien doncellas. El día de San Juan, muy de mañana, salen con sus correspondientes uniformes, al uso antiguo, los individuos del Ayuntamiento á caballo, y van en cabalgada á un punto señalado fuera de la villa, donde les esperan unas cuantas jóvenes, lujosamente vestidas, é incorporándose con ellos, vuelven á la villa, donde

se les hace un gran recibimiento con acompañamiento de gente.

De las iglesias, tres se ven en ruinas, creyéndose que una de ellas fué mezquita y la otra convento de Templarios. De las que quedan en pie, la que sirve de parroquia es de estilo románico y revela que la villa fué ya pueblo importante desde los primeros tiempos de la reconquista.

Tan antigua como la de San Pedro es la villa de Yanguas; reconquistada de los moros muy en breve, de ella salieron, como de ésta y de Magaña, los primeros repobladores de la villa de Agreda, y un cronista de la Rioja (1) hace subir aún más su antigüedad, asegurando que en un barrio, hoy despoblado, en que estuvo la primitiva Yanguas, existía una iglesia, conocidamente del tiempo de los godos, en cuya cripta estaban enterrados los reyes D. Aurelio y D. Fruela (2). Como quiera que sea, esta

(1) DON DOMINGO HIDALGO DE TORRES. — *Compendio historial de la Rioja, de sus santos y santuarios.*

(2) En apoyo de esta opinión, dice el cronista: «créese que en Yanguas residieron, y aun están enterrados, los reyes D. Fruela y D. Aurelio, quienes atentos á la defensa de las fronteras de su reino, vivían por esta parte y murieron en Yanguas.» El cronista de D. Alfonso el Magno, dice que D. Aurelio fué enterrado en el valle de Yagüeya, en la iglesia de San Martín. Lucas de Tuy asegura que los enterraron en Cangas, y Mariana dice que Yagüeya es la villa de Yanguas, fundándose en la semejanza de los nombres. El de la iglesia es el que no concuerda, pues la de Yanguas tiene por título el de San Miguel, y la en que se dice haber sido enterrado D. Aurelio es la de San Martín; pero, por lo demás, todo parece estar en armonía con esta noticia. En la villa de Yanguas se conservan aún, no lejos de la población, los cimientos de la mencionada iglesia de San Miguel, con las ruinas de un castillo muy fuerte y restos de edificios que indican haber sido aquel el sitio de la primitiva villa.

En esta iglesia había en tiempo de Garibay, y aún hoy se ven, los restos de una bóveda subterránea que contenía dos sepulcros dispuestos en forma de capillas, con insignias y adornos á la manera que se hacían los enterramientos de los reyes godos, siendo uno de ellos el del rey D. Aurelio y presúmese que el otro sería el de D. Fruela y no el de D. Favila, como quieren algunos. La bóveda era, según dice Garibay, antiquísima; en ella había figuras, pintadas todas con armas muy diferentes de las que ahora se usan; muchos escudos de armas, leones, águilas, cruces, banderas negras y amarillas, castillos y otros objetos extraños.

«Esta iglesia de San Miguel, añade el historiador, debió ser en su tiempo cosa notable, pues estaba consagrada, y aunque no tenía pila bautismal ni sacramento, se sabía que había sido cabeza de arciprestazgo». También dice que Yanguas se llamó Puerta de Valdearnedo, porque allí estaba la entrada del valle de este nombre.

villa fué también población importante, no solamente por su riqueza ganadera, sino por su industria y comercio de paños, de sus fábricas ó de las inmediatas. Los yangüeses llevaban sus paños á todas las regiones de España y ellos debieron ser los que apalearon á D. Quijote. Entre los monumentos no hay ninguno notable; ni sus edificios ni sus iglesias son de gran mérito.

En la falda otra vez del mediodía, junto al puerto de Piqueiras, al O. de Oncala, se encuentra el pueblo de la Póveda, en el cual se alza el palacio y esquileo del ganado de los condes Guindulain, los primeros ganaderos, en su tiempo, de aquel pueblo; una legua más abajo, está el de Gallinero, con las ruinas de otros dos palacios pertenecientes al marqués del Vadillo y á la familia de los Medranos. En la iglesia, hay una cripta bajo el altar mayor, donde se encuentran aún embalsamados los restos de dos individuos de una de estas familias, con la rara particularidad de que las momias están como sentadas en sus sillas.

Media legua hacia el S. de Gallinero, está la quinta y casa fuerte de los marqueses de Nevares, herederos de la noble familia soriana de los Medranos, fortaleza que data cuando menos del siglo XIII ó del XIV. El edificio se encuentra todo en pie, revelando en su estilo la época de su construcción y pudiendo servir como tipo de las casas fuertes de la Edad-media, de las cuales no queda en la provincia otro modelo. Invariablemente, unidos á la casa fuerte, hay un convento y una iglesia, fundados en el siglo XVI, bajo la protección de D. Francisco de Medrano, por unos monjes dominicos, á quienes cedió la casa y quinta para su mantenimiento; pero muerto este señor, sus herederos retiraron á los monjes su apoyo y estos tuvieron que ausentarse.

En la casa fuerte y el convento se encuentran piedras con inscripciones latinas, las cuales debieron ser llevadas de algún sitio cercano, mas no del cerro inmediato de San Juan, como supone Loperráez, pues en este cerro no hubo población romana, sino un monasterio de la orden de los Sanjuanistas. Como quiera que sea, estas inscripciones recuerdan la existencia de